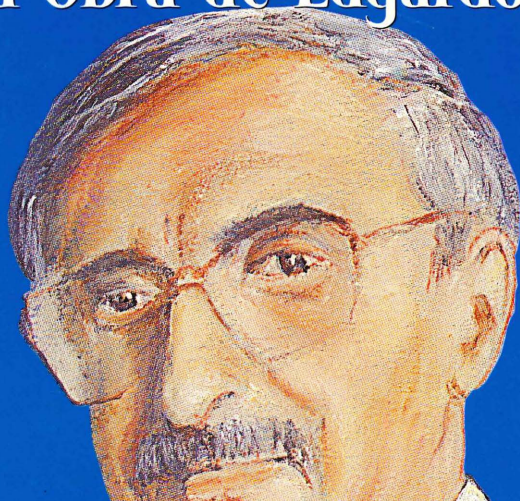


DE LO ANDINO A LO UNIVERSAL

La Obra de Edgardo Rivera Martínez



Capítulo 15



César Ferreira e Ismael P. Márquez, Editores

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1999



Primera edición: marzo de 1999

Cubierta: Dixie Ann Márquez y Michael Steele

De lo andino a lo universal. La obra de Edgardo Rivera Martínez.

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú.
Telfs. 460-0872 - 460-2291 y 460-2872 Anexos 220 y 356

Derechos reservados

ISBN 9972-42-157-0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

RIVERA MARTÍNEZ: CIUDAD Y FUEGO

Ricardo González Vigil
Pontificia Universidad Católica del Perú

Las páginas de *Enunciación* (Lima, Lasontay, 1979; 71 pp.) nos brindan una nueva oportunidad para apreciar -admirar- la excelencia artística de la obra de Edgardo Rivera Martínez (Jauja, 1935). Proporcionan, además, el complemento necesario, del volumen precedente: *Azurita* (1978); ya que mientras éste reúne sus “prosas andinas” (identificadas con la geografía y la cultura de nuestras serranías), los textos de *Enunciación* ilustran una vertiente diversa, caracterizada no tanto por las referentes concretas (a pesar de la atmósfera limeña de “Ciudad de fuego” y “El visitante”), como por obsesiones abstractas y apátridas en donde el trasfondo simbólico -subyacente en las prosas andinas- emergen hasta constituirse en el verdadero protagonista de la escritura.

“Amaru”, la pieza final de *Azurita*, ocupa un lugar singular, gracias a que enlaza la temática andina con los rasgos principales de la vertiente contraria. La presentación de los editores de *Enunciación* y el prefacio del conocido narrador Alfredo Bryce consignan, sin afán de inventario, dichos rasgos: meditación fundamentalmente poética (la prosa de Rivera Martínez es rica en vibraciones líricas); problemática “de orden metafísico más bien que moral” (a las cuestiones del tiempo, la soledad y el existir, agregaríamos el espacio, la imaginación mítica y el nombrar-enunciar-escribir); hermetismo sabiamente aliado a la multiplicidad de puntos de vista y lecturas practicables; y caracterización abs-

tracta - “irreal”, “ideal”, “ritual” - de las situaciones descritas y las experiencias narradas. Las continuas alusiones a números y ritmos (unificables, a la manera pitagórica, en las ciencias matemáticas y las proporciones musicales), así como la consagración de conductas recurrentes (liturgia fantasmal y lúcida, onírica y cultista), se plasman en un estilo riguroso, sutil, pausado, armónico, encantatorio.

Tres textos de ejecución magistral conforman *Enunciación*. Uno de ellos, la novela corta “El visitante”, constituye una reedición (apareció primero en 1974), en forma similar a cómo en *Azurita* se recogieron los cuentos del primer volumen de narrativo de Rivera Martínez (*El unicornio*, 1963). Los otros dos textos, en cambio, son inéditos: “Enunciación”, compuesto en 1977, y “Ciudad de fuego”, de 1976.

Hipotéticos, conjeturales, clausurados como serpientes devorándose circularmente. “El visitante” y “Enunciación” asedian, respectivamente, la identidad de un extranjero enigmático (especie de visitación angélica proveniente de no sé qué cielo platónico de entes abstractos) o la del propio escritor en cuanto voz del lenguaje, en cuanto logos que se funda al anunciarse: “Quién soy? Enunciación, simplemente. Un enunciar absorto y puro. Verbo en sucesión y en acto... Me digo, pues, nuevamente: ¿quién soy? Y de nuevo me respondo que habla sólo mi decir. No hay hablante ni punto de vista propiamente individual. Es el logos en autonomía... No dispongo sino de una certeza: nombro, razono, inquiero. Así es. Hablo, y al hablar intuyo”. (pp. 3-4).

Acaso más memorable que estas exploraciones infinitas sea el cuento “Ciudad de fuego”. Narración antológica, digna de pertenecer a una tradición de literatura fantástica y/o de indagación metafísica más rica que la nuestra (pienso, por ejemplo en la narrativa argentina). El protagonista, sólidamente retratado, nos ofrece un “relato solitario, del que soy, al mismo tiempo, oyente y protagonista “. (p. 20) acerca de un proyecto “imposible” llevado a buen término: la creación de la “ciudad de fuego” entrevista desde la infancia. Asimilando utopías (particularmente, la ciudad del Sol de Campanella) y hallazgos arquitectónicos de distintos períodos y culturas, logra plasmar el espacio propio y auténtico.

co, que fuese como un espejo para mi espíritu (p. 19). Empresa solitaria esgrimida contra la gris y horrible Lima, espacio de la frustración: “recorrí con ojos muy críticos esta ciudad de niebla... Urbe caótica, juzqué y desprovista de la singularidad que elogiaron ilustradores y viajeros de otros siglos” (p. 24). La Ciudad de Fuego purifica así la soledad que nos habla en “Enunciación” a la vez que la ciudad neblina que nos asfixia en “El visitante”.

[“Suplemento Dominical” de *El Comercio*, Lima, 11 de marzo de 1979, p. 17]